

La teoría de la arquitectura en España en el siglo XVI. Algunas consideraciones sobre las fuentes literarias

JOSÉ RAMÓN PANIAGUA SOTO

Son muchas las lagunas que hemos de ir rellenando aún sobre nuestro renacimiento español, y aunque son de mucha envergadura las que afectan a una definición global del mismo, no podemos pasar por alto la revisión de cuestiones parciales, y no por ello menos sustanciales, de lo que suele ser entendido como criterios comúnmente aceptados. Es por esto por lo que en el presente artículo queremos hacer algunas consideraciones acerca de lo que entendemos como el acervo común de la teoría de la arquitectura en nuestro Renacimiento, y en particular cómo se entendió a Vitruvio por parte de algunos de nuestros arquitectos y teóricos de la arquitectura a través de su testimonio escrito (*). Y a este respecto, hecha la salvedad de las *Medidas del Romano* de Diego de Sagredo, al que dedicaremos en breve y a este tenor más de una publicación, queremos comenzar con algunas consideraciones en torno a Francisco de Villalpando, su visión de Vitruvio deducible de su traducción de los Libros III y IV del tratado de arquitectura de Sebastián Serlio. Y aunque tan sólo a manera de comentario preliminar, quiero lamentar, al menos, que aún hoy no contemos con una monografía sobre nuestro rejero y arquitecto zamorano Francisco de Villalpando, y que tampoco podamos precisar algunas cuestiones de su biografía extrapolables por carecer de más información, como su testamento, algún inventario de sus bienes, u otros documentos que nos permitan conocer las fuentes bibliográficas por él conocidas y manejadas a través de su biblioteca¹.

(*) Por razones técnicas inherentes a un número ordinario de la propia revista *Anales*, me he visto obligado a dividir el presente artículo en dos partes, por lo que la segunda aparecerá en el siguiente número.

¹ Sobre Villalpando y su obra de rejería: Ceán Bermúdez, *Diccionario Histórico de los más ilustres Profesores de las Bellas Artes en España*, Madrid, 1800, tomo V, pp. 249 ss. Conde de la Viñaza, *Adiciones al Diccionario Histórico de los más ilustres Profesores de las Bellas Artes en España*, Madrid, 1889, tomo IV, pp. 44. M. R. Zarco del Valle, *Documentos para la Historia de las Bellas Artes en España*, Madrid, 1870, pp. 305 ss. J. Martí Monsó, *Estudios históricos-artísticos relativos principalmente a Valladolid*, Valladolid, 1901, pp. 466 ss. F. Pérez Sedano, *Datos documentales inéditos para la Historia*

Como viene precisándose en nuestra historiografía artística, el nuevo lenguaje arquitectónico renacentista adquirió carta de naturaleza en España por la introducción de formas traídas de Italia, no sólo por los arquitectos y otros artífices procedentes de allá, sino también por nuestros siempre remisos y escasos arquitectos viajeros, cuyas enseñanzas serían bien acogidas entre sus colegas, y por la introducción asimismo de la teoría arquitectónica y sus repertorios figurativos, frecuentemente utilizados como modelos. Si bien la fuente italiana permitió más la producción de hitos en nuestra arquitectura, la segunda de estas fuentes hay que entenderla, por el contrario, como la razón de ser de la difusión de aquellas nuevas formas².

Pero la teoría arquitectónica tenía su referente también en la que había empezado a elaborarse en Italia, donde el texto de Vitruvio —*De Architectura*—, cuyo descubrimiento había tenido lugar en 1411, en la Abadía de Montecasino —para otros reencontrado en 1414/16 por Poggio Bracciolini en el Monasterio de Saint Gall—³, había comenzado a ejercer una importante influencia desde fecha muy temprana, a pesar de que éste no soportara su confrontación con la práctica arquitectónica romana. No obstante, no es del todo exacto hablar de descubrimiento, dado que el texto de Vitruvio no había sido totalmente olvidado durante la Edad Media; en el Renacimiento Carolingio, y después durante todo el tardo-medievo, los hombres cultos habían exaltado en sus escritos hechos de la romanidad; se puede afirmar incluso que el sentimiento de admiración hacia el antiguo clasicismo no había desaparecido nunca, ni siquiera en los períodos más oscuros del alto medievo. Hechos tales como cuando el general Belisario (h. 494-565) había exhortado al rey Totila a respetar la integridad de Roma, o cuando Eginardo (770-840), el más importante cronista de Carlo Magno, y sin lugar a dudas el más fiel intérprete del pensamiento del emperador, aconsejaba a su hijo que tratara de comprender los

del Arte Español. I. Notas del Archivo de la Catedral de Toledo, redactadas sistemáticamente, en el siglo XVIII, por el canónigo-obrero don Francisco Pérez Sedano, Madrid, 1914, pp. 48 ss. Ramírez de Arellano, *Estudio sobre la Historia de la Orfebrería Toledana*, Toledo, 1915, pp. 389 ss. F. Rivera Recio, «El Cardenal Tavera y los maestros de rejas de la Catedral Toledana, Céspedes y Villalpando», en *Boletín Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 61, XXV, 1947, pp. 1-14. J. Camón Aznar, *La escultura y rejería españolas del siglo XVI*, Madrid, 1961, pp. 433 ss. F. de Olaguere-Feliú Alonso, *Las rejas de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1980, pp. 159 y ss. F. Marías, *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631) - I*, Toledo, 1983, pp. 303-325.

² F. Marías, *op. cit.*, pp. 32 y ss.; *EL largo siglo XVI*, Madrid, 1989, pp. 365 y ss.; S. Sebastián, «La decoración llamada plateresca en el mundo hispánico», en *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas de la Universidad de Caracas, Venezuela*, 6, 1966, pp. 42-85.

³ El redescubrimiento del texto vitruviano por parte de Poggio Bracciolini habría tenido lugar cuando asistía al Concilio de Costanza (1414-1418) en calidad de delegado apostólico, durante sus rastreos en aquellos fondos bibliográficos, y donde descubrió asimismo manuscritos de Quintiliano y Cicerón —cfr. L. A. Ciapponi, *Italia medioevale e umanistica*, III, 1960, p. 98—. No obstante esta hipótesis se encuentra enfrentada con la que sostiene que el hallazgo en la Abadía de Montecasino es anterior —cfr. J. von Schlosser, *La literatura artística*, trad. castellana: Madrid, 1976, pp. 225 y ss.—. Para el problema de la atribución del redescubrimiento del códice vitruviano, véase G. K. Loukouski, *I Maestri dell' Architettura classica, da Vitruvio allo Scamozzi*, Milán, 1933, n. 49, pp. 56-63. Para una más amplia información bibliográfica sobre Vitruvio, véase también Poleni, *Exercitationes Vitruvianae*, Padua, 1738.

principios enunciados por Vitruvio⁴. Tampoco hay que olvidar que las fuentes del clasicismo, incluidas las obras de los pensadores griegos, llegaron a los francos a través de los musulmanes, y cuya preservación y difusión en la Edad Media partió de las universidades musulmanas en tierra española donde fueron objeto de los comentarios dictados por sus sabios, quienes entre los siglos ix y x habían traducido a la lengua árabe a Aristóteles, Platón, Euclides y Ptolomeo, etc.⁵. Así pues, no solamente no se habían olvidado, sino que fue en tierra hispana donde buena parte de aquella cultura clásica tardo-romana se había mantenido viva por la actividad iluminada de quien fuera obispo de Sevilla, y después doctor de la Iglesia, San Isidoro (560–636), compendiador de la cultura antigua y de la de su tiempo, que reunió en su obra escrita y particularmente en sus enciclopédicas *Etimologías*⁶. Y en uno de los documentos más importantes sobre la cultura y los métodos de trabajo de los arquitectos góticos, el *Livre de portraiture* de Villard de Honnecourt, se ha puesto de manifiesto cómo las matrices de los conocimientos geométricos de su autor parten de algunos escritores latinos, y en particular de Vitruvio⁷.

No obstante, el elemento más claramente diferenciador hay que encontrarlo en las distintas interpretaciones y usos que se hacen del texto vitruviano en la Edad Media y los siglos renacentistas —el Quattrocento y el Cinquecento—. Mientras en el Medioevo era utilizado sobre todo como fuente de la teoría de las proporciones, durante el siglo xv lo estimaban relativamente y se interpretaba de una forma libre e independiente; no era tenido como un texto suficiente para el conocimiento de la arquitectura antigua, de lo que Alberti da buen testimonio cuando arguye sobre su oscuridad e ininteligibilidad⁸, ni tampoco propiamente como un modelo absoluto,

⁴ Eginardo, *Vita Karoli Magni*, Mónaco, 1947; L. Halphen, *Charlemagne et l'empire carolingien*, París, 1947.

⁵ El papel desarrollado por los traductores de los siglos ix al xii tuvo una capital importancia para la cultura occidental de los siglos sucesivos, y entre ellos particularmente la del obispo de Toledo Raymundo, que ordenó la traducción al latín de muchas obras científicas árabes derivadas de la cultura griega, cuya lengua era completamente desconocida en Occidente. La lengua científica era el latín, y al latín se tradujeron los originales árabes, versiones árabes de textos griegos, o, con mayor dificultad, originales griegos gracias a la ayuda de mozárabes, de hebreos e incluso de los mismos musulmanes. Citemos entre estas traducciones la de Adelardo de Bath, en 1120, del árabe al latín de los *Elementos* de Euclides y otras obras de astronomía y de aritmética; en 1145 Roberto de Chester había concluido la del *Álgebra* de Al-Khavarizmi; poco después Gerardo de Cremona había llevado a término la traducción del *Almagesto* de Ptolomeo y de los escritos trigonométricos de Az-Zarqali (Azarquiel), de manera que hacia la mitad del siglo xii las culturas científicas griega y árabe eran accesibles a los estudiosos de Europa occidental. Cfr. J. Le Goff, *Genio del gantes della seconda metà del Medioevo*, trad. italiana Milán, 1959, n. 44, pp. 20-25; una relación de las más importantes traducciones del griego y del árabe al latín ha sido recogida por A. C. Crombie, *Da S. Agostino a Galileo*, trad. italiana Milán, 1970, pp. 28-51.

⁶ *Originum sive Etymologiarum libri XX*, edición castellana de Luis Cortés y Góngora e introducción de Santiago Montero Díaz, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951.

⁷ Cfr. J. B. Lassus, *Album de Villard de Honnecourt architecte du XIII^e siècle*, París, 1858 (edic. facsimilar París, 1968); H. Hahnloser, *Villard de Honnecourt Kritische Gesamtausgabe des Bauhüttenbuches ms. 19093 der pariser Nationalbibliothek*, Viena, 1935 (1972).

⁸ Alberti, *De re aedificatoria*, Libro I, cap. I, ls. 25-40: ... «Dios me guarde que a mi me parecia muchas vezes ser mayor de lo que por ventura mis fuerças podian bastar, segun la cosa començada por-

excepción hecha de algún caso como el de Filarete; era un elemento más de aquella antigüedad a reconstruir. Las múltiples lagunas que presentaba el texto, los frecuentes pasajes oscuros y de difícil interpretación, el léxico técnico de origen griego, y la carencia de ilustraciones aludidas en el mismo, son algunas de las dificultades que tuvieron que afrontar los primeros comentaristas y exegetas del *De architectura*. Pero durante del Renacimiento el tratado fue adquiriendo mayor relieve y un interés progresivo, lo que se deja traslucir a través del gran número de manuscritos que circularon principalmente en Italia a lo largo del siglo, y de los que han llegado hasta nosotros ochenta y un ejemplares como buena muestra del hecho⁹. En los últimos decenio de este siglo xv aparecen ya ediciones del tratado vitruviano, todavía en latín, que serán cada vez más extensas a partir de entonces y más ampliamente comentadas.

Pero será en el siguiente siglo cuando se lleve a cabo un verdadero redescubrimiento y uso original del tratado vitruviano, proliferando las ediciones, ahora también en lengua vulgar, probablemente por la reafirmación de las lenguas romances, pero también por la necesidad de hacerla más inteligible entre los arquitectos y divulgar así la arquitectura clásica y sus principios; estas primeras traducciones, que aportan un particular interés filológico, aparecieron ya acompañadas de un corpus de ilustraciones añadido al texto que vienen a suplir las citadas por el tratadista y que se habían perdido en la Edad Media; la consideración de Vitruvio como modelo constructivo, por y para lo que las ilustraciones, además de necesarias, jugarán un papel determinante, irá adquiriendo cada vez mayor importancia, mayor difusión, y consecuentemente su influencia irá asimismo aumentando de forma progresiva¹⁰. Así podemos ver cómo los tratados del siglo xvi, que son el modelo teórico y práctico de toda la arquitectura hasta el siglo xx, vienen a ser interpretaciones del Vitruvio.

que se ofrecían a cada passo dificultades de explicar cosas, y de hallar nombres, y de tratar materias, las quales me apartaua[n] delo comenzado, y me desuiauau por otra parte de la razon que me auia mouido a comenzar esta obra, y la misma me incitaua y amonestaua que la prosiguiesse, porque me dolía que tantas y tan exelentes memorias de escriptores se viessen consumido por la injuria delos tiempos, de tal manera que solamente tuuiessemos viuo de tan grande naufragio a solo Vitruuio, escriptor sin duda muy instructo, pero de tal manera despedaçado conel tiempo, que en muchos lugares faltan muchas cosas, y hechays menos muchas en muchos. Allegauase a esto, q[ue] estas cosas las escriuio no adornadas, porque hablaua de manera q[ue] a los latinos les parecio auer querido escriue griego, y a los griegos hauer hablado latinamente: pero su modo mismo de escreuir testifica no auer sido ni griego ni latino. De suerte que es justo entendamos no auer para nossotros escripto el que escriuio de suerte que no le entendemos...»

⁹ Carol Herselle Krinsky, *Seventy-eight Vitruvius Manuscripts*, J.W.C.I., 1967, pp. 36-70, y una referencia a los cuatro manuscritos conservados en España — tres de procedencia italiana y uno flamenca — en pp. 68-69, de los que dos se conservan en El Escorial, uno en Toledo (perteneciente a la Biblioteca del Cabildo catedralicio, pero hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid) y otro en Valencia —cfr. F. Marías, *op. cit.*, p. 36, n. 56—.

¹⁰ Desde la edición príncipe de Giovanni Sulpitius da Veroli y Pomponio Leto, en latín, sin ilustraciones, publicada en Roma en 1486, con un interés principalmente filológico, siguieron otras de análogo características en Venecia en 1493 y 1497 —de Simone Bevilacqua—, y el *infolio* florentino de 1496; habrá de esperar a 1511, un siglo después del hallazgo del texto, a que de mano de Fra Giocondo

El texto vitruviano en España recibió, aunque tardíamente, una buena acogida, mejor en sus ediciones italianas que en versiones castellanas, ya que los humanistas y arquitectos españoles ni se apresuraron a acometer la ardua tarea de traducirlo ni tampoco fueron comparativamente muy prolíficos en sus ediciones, por lo que podemos afirmar que el éxito fue grande pero restringido a los centros artísticos y círculos más cultos. A diferencia de otros países, el caso de España constituye casi una excepción, pues el tratado se publicó directamente traducido al castellano por Miguel de Urrea, sin haberlo hecho antes en latín, y ya en el último cuarto del siglo, en Alcalá de Henares en 1582 —*M. Vitruvio Pollion De Architectura*—, con las correcciones de su impresor Juan Gracián y probablemente gracias al apoyo de Juan de Herrera¹¹. No obstante, a esta edición príncipe castellana le precedieron algunas versiones, más o menos completas algunas y apenas comenzadas otras, que no llegaron, sin embargo, a ver la luz de la letra impresa; desde la más temprana conocida, la del licenciado y clérigo humanista de ascendencia italiana —hijo del

da Verona, y en Venecia, aparezca la primera edición ilustrada —*M. Vitruvio per locundum solito castigatior factus cum figuris et tabula ut iam legi et tabula ut iam legi et intelligi possit*—, todavía en latín, con grabados xilográficos de Giovanni da Tridino, inspirados en parte en algunos dibujos del tratado inédito de Francesco di Giorgio Martini, donde reproduce ruinas clásicas conservadas y algunos monumentos contemporáneos, cuya influencia se dejó sentir en posteriores ediciones (reeditada en Florencia, 1513 y 1523). La primera traducción de la que tenemos noticia sería la inédita y desaparecida que por encargo de Rafael llevó a cabo Fabio Calvo da Ravenna en 1514/15, acompañada de ilustraciones originales, y la primera en lengua vulgar publicada, la de Cesare Cesariano —*Di Lucio Vitruvio Pollione de Architectura Libri Dece traducti de latino in Vulgare affigurati...*—, alumno de Bramante, en Como en 1521, con cientos de ilustraciones, que viene a ser una interpretación de los preceptos vitruvianos según el gusto contemporáneo, para la que había utilizado la edición veneciana de Simone Bevilacqua; este texto y sus ilustraciones son ya tenidos como absoluto modelo arquitectónico, y Vitruvio como eje de la Antigüedad y el Renacimiento. A partir de aquí siguieron apareciendo otras muchas traducciones en Italia y también fuera de Italia: la del pintor Francesco Lutio de Castel Durante «Durantino» —*M. LL Vitruvio Pollione de Architectura traducto di Latino in Vulgare dal vero exemplare con le figure a li soi loci con mirando ordine inseguito...*— (Venecia, 1524 y 1535), y la del arquitecto y pintor, discípulo de Perugino, Giovanni Battista Caporali —*Architettura con il suo commento et figure Vetrivio in volgar lingua*— (Perugia, 1536), en las que ambos siguieron en el texto muy de cerca la de Cesariano y utilizaron como fuentes iconográficas las versiones de Fra Giocondo y Francesco di Giorgio; citemos también la edición latina carente de novedades de Guglielmo Philandro (Estrasburgo, 1543; Roma, 1544; París, 1545; Estrasburgo, 1550; Lyon, 1552). En 1556, el Patriarca de Aquileia Daniele Barbaro publicó en Venecia, en italiano y en latín, su traducción de *I Dieci Libri dell'Architettura di M Vitruvio tradutti et commentati da Monsignor* (reeditada en 1567 y 1584), que supuso una importante mejora tanto en la interpretación del texto como en las ilustraciones, realizadas en gran parte por Andrea Palladio, y que tuvo asimismo gran influencia posterior. Cabe aún citar algunas otras que completan el panorama del siglo, como la de Bertani (1558) o la de Rusconi (1590).

¹¹ *M. Vitruvio Pollion De Architectura, dividido en diez libros, traducidos de Latin en Castellano por Miguel de Urrea Architecto, y sacado en su perfecto por Juan Gratian impresor vezino de Alcalá*. Edición facsímil: Valencia, Ediciones Albatros, Col. «Juan de Herrera», 1978, con «Noticia del «De Architectura traducido por Urrea»» de Luis Moya. Para una más amplia bibliografía: José Enrique García Melero, «Las ediciones españolas de «De Architectura» de Vitruvio», en *Fragmentos. Revista de Arte*, núms. 8 y 9, 1986, pp. 102-131, y una correcta ficha bibliográfica sobre esta edición en n. 1; Consuelo Sáenz de la Calzada Gorostiza, «Los órdenes clásicos en Vitruvio y en sus traductores Miguel de Urrea y José Ortiz y Sanz», en *Archivo Español de Arte*, 1958, pp. 321 y ss.

escultor y arquitecto Jacopo Florentino—, y también arquitecto granadino Lázaro de Velasco, maestro mayor de la catedral de Granada en 1577, que suele fecharse en aquella ciudad poco después de mediar el siglo, entre 1554 y 1564, y para la que debió utilizar un ejemplar de la edición de Fra Giocondo que su padre habría traído de Italia¹², a la de Hernán Ruiz el Joven, fechable asimismo en estos años, siendo maestro mayor de la catedral de Córdoba (1547–1562), que tan sólo tradujo el primer libro, incluido en el conocido como su *Manuscrito de Arquitectura*¹³. Junto a estas traducciones, cabe aún citar otros manuscritos, como el anónimo procedente de la colección Usoz en la Biblioteca Nacional de Madrid fechado en 1587, que es una traducción completa y recoge, al parecer, los comentarios de la edición veneciana de Daniele Barbaro; el de la Biblioteca Nacional de Lisboa, que parece poderse identificar con la traducción de Miguel de Urrea, que se publicaría en 1582 con la intervención de Juan Gracián, su impresor; cabe aún hacer mención de otros dos manuscritos, en ambos casos traducciones parciales, como el del Archivo Histórico Nacional, procedente del monasterio de San Benito el Real de Valladolid, sobre cuya fechación existen divergencias, y el de 1595, calificado de pulcro y erudito por Manuel Gómez Moreno, perteneciente a Luis Menéndez Pidal¹⁴.

Pero con tan sólo la información de los manuscritos y ediciones vitruvianas en la España del siglo XVI, no cabe duda de que el panorama ofrece una visión incompleta e inexacta de su incidencia, si no la completamos con algunos otros datos que pueda ofrecernos el interés suscitado por aquella teoría arquitectónica entre los clasicistas españoles y su difusión, deducibles de la distribución de sus ejemplares según la conocemos hoy, y asimismo de la publicación de otros textos

¹² Ms. de la Biblioteca Pública de Cáceres, procedente de la Colección de Vicente Paredes [*Los Diez Libros de Arquitectura de Marco Vitruvio Romano arquitecto q escribió las reglas e avisos que se deven guardar en el bien ordenar tracar y acertadamente obrar obras principales edificios traducido en castellano por un matematico* (colofón)]; este manuscrito fue dado a conocer e identificado como perteneciente a Miguel de Urrea por J. Catalina García —*Biblioteca de escritores de la provincia de la Guadalupe y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX*, Madrid, 1899— y Vicente Paredes —«¿Quién fue el primero que tradujo al castellano los “Diez libros de Arquitectura” escritos por Vitruvio?», en *Arquitectura y construcción*, núm. 23, julio y agosto de 1900, VII-VIII, pp. 214-217 y 230-233—, hasta que F. J. Sánchez Cantón deshizo el error atribuyéndolo a Lázaro de Velasco —*Fuentes literarias para la historia del arte español*, Madrid, 1923, I, pp. 181 y ss., donde recoge una transcripción parcial del texto—. Sobre esta traducción, véase también Fernando García Salinero, *La primera traducción de Vitruvio en la Biblioteca Pública de Cáceres*, Badajoz, 1964; A. Bonet Correa, «Aspectos renacentistas en la catedral de Murcia», en *S. I. Catedral. V Centenario de su fundación*, Murcia, 1966, pp. 27-36; J. E. García Melero, *op. cit.*, pp. 104 y ss.

¹³ Manuscrito procedente de la colección de Valentín Carderera y de la de Manuel Gómez Moreno, hoy en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid: *Libro de Arquitectura*. Sobre este manuscrito, véase P. Navascués Palacio, «El manuscrito de arquitectura de Hernán Ruiz, el Joven», en *Archivo Español de Arte*, 1971, pp. 295-331; *El libro de Arquitectura de Hernán Ruiz, el Joven*. Estudio y edición crítica por Pedro Navascués Palacio, Madrid, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, 1974; A. de la Banda y Vargas, *El arquitecto andaluz Hernán Ruiz II*, Sevilla, 1974, pp. 85-91.

¹⁴ Bustamante, A. y Marías, F., «El Escorial y la cultura arquitectónica de su tiempo», en *El Escorial en la Biblioteca Nacional. IV Centenario del monasterio de El Escorial*. Catálogo de la exposición (diciembre, 1985-enero, 1986), Madrid, 1985, pp. 200-201, f. B 40-41. Véase también J. E. García Melero, *op. cit.*, p. 105 y ns. correspondientes.

teóricos afines. Ya hemos comentado cómo el éxito del *De Architectura* vitruviano debió ser grande entre los artistas en general y particularmente entre los arquitectos, pero también entre los hombres cultos y en aquellos cenáculos de los monasterios, a juzgar por la información que poseemos de los ejemplares existentes en sus respectivas bibliotecas, aludiendo así también a las dificultades de comprensión que el texto comportaba, razón por la que con frecuencia observamos que los más estudiosos y conocedores de la arquitectura poseían más de una edición que les permitiera confrontar distintas versiones e interpretaciones de los pasajes más dificultosos y oscuros. Desde el Fra Giocondo traído de Italia por Jacopo Florentino y en poder de su hijo Lázaro de Velasco, al que ya hemos aludido, a los supuestos ejemplares de Jerónimo Quijano y Nicolás de Vergara el Viejo, la edición en latín de Valdelvira, las cinco ediciones (Fra Giocondo, Cesariano, dos Philadros y, seguramente, un Barbaro) y los dibujos de Vitruvio acompañados de un texto en romance —tal vez el texto de Urrea—, ambos manuscritos, de Juan Bautista de Toledo, de los que los últimos pasaron a manos de Juan de Herrera, quien poseía once ejemplares, unos completos (tres italianos, uno en latín, un Barbaro, un Philandro, un Caporali y un Urrea) y otros parciales (el libro IV en toscano, el libro IX en latín y unos «vocablos»); asimismo una edición tuvo Juan de Arfe y Villafañe, Pablo de Céspedes y Hernán Ruiz III dos, como Juan de Ribero Rada (uno en latín y un Barbaro), El Greco y Jorge Manuel Theotocópuli poseían cuatro (dos en italiano, uno en latín y un Barbaro), y Juan Bautista de Monegro hasta seis (dos en latín, un Fra Giocondo, Jorge Agricola, Caporali y Barbaro). Y asimismo podríamos hacer mención de los de algunos monasterios y otros ejemplares en posesión de otros hombres cultos. De todo ello da cumplida cuenta en una prolija relación F. Marías¹⁵.

Pero además del tratado romano hemos de aludir también a otros textos teóricos afines que sin duda dejaron sentir su huella en la arquitectura española del siglo XVI. Y entre ellos, el *De re aedificatoria* de Leon Battista Alberti (Génova o Venecia?, 1404–Roma, 1472)¹⁶, que había redactado en su segunda estancia romana, entre 1443 y 1450, cuando prestaba sus servicios en la corte del Papa Nicolás V, a la que había sido llamado para colaborar en las obras de restauración y llevar a cabo las nuevas construcciones encaminadas a la renovación de la ciudad. La publicación póstuma del texto tuvo lugar en Florencia en 1485 —el

¹⁵ F. Marías, *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631) - I*, Toledo, 1983, pp. 39 y ss.

¹⁶ *Leonis Baptiste Alberti De re aedificatoria*. Florencia, Nicolò di Lorenzo Alemanno, 1485, con dedicatoria a Lorenzo el Magnífico. De este texto existen numerosos códices, de los que los más importantes se encuentran en la Biblioteca Laurenziana —cfr. Schlosser, *op. cit.*, pp. 121 y 125—, y a partir de la edición príncipe se llevaron a cabo otras varias ediciones también fuera de Italia, y todavía en latín —Estrasburgo, 1511, 1541; París, 1512, 1543—. La primera traducción italiana que se publicó fue la de Pietro Lauro, en Venecia en 1546, seguida de quizá la más conocida y por primera vez ilustrada, la florentina de 1550 de Cosimo Bartoli, de la que se hicieron reediciones posteriores, como la veneciana de 1565 —*L'Architettura di Leon Batista Alberti, tradotta in Lingua Fiorentina da Cosimo Bartoli, Gentilhuomo, & Academico Fiorentino. Con la aggiunta de' Disegni. In Venetia, Appresso Francesco Franceschi. Sanese, 1565*.

manuscrito fue presentado al Papa en 1452, fecha en que debió comenzar a circular—, en latín y sin ilustraciones, y se había anticipado incluso a la de la edición príncipe del «Vitruvio». El tratado albertiano, a excepción de su estructuración en diez libros y ciertas tesis que Alberti fue el primero en presentar de forma coherente, debe más bien poco a su único predecesor y referente, el tratado vitruviano; el tratadista había reelaborado por completo la doctrina del romano según el espíritu de su tiempo del que fue uno de sus más grandes intérpretes, y venía a esclarecer y presentar en forma asequible aquella doctrina vitruviana, cuya terminología y múltiples pasajes oscuros se presentaban como dificultades añadidas, sobre todo tras la confrontación de aquella teoría con la palmaria realidad de la arquitectura romana construida¹⁷. Así pues, los arquitectos y demás destinatarios del tratado albertiano lo entendieron como un compendio y un programa arquitectónicos utilizable como guía y fundamento estético y práctico del diseño arquitectónico. También este texto gozó de una gran acogida entre los arquitectos y otros intelectuales y humanistas de la España del siglo XVI, donde desempeñó una importante función en la comprensión e introducción de los principios de la arquitectura renacentista. Su traducción castellana corrió a cargo del alarife madrileño Francisco Lozano —del que se ha planteado la hipótesis de que fuera su editor y no el autor de su versión—, con el título *Los Diez Libros de Arquitectura de Leon Baptista Alberto* (Madrid, 1582)¹⁸. De la importancia y difusión que este tratado alcanzó dan cumplida cuenta asimismo los inventarios de bienes, testamentos o otros documentos correspondientes a arquitectos, monasterios y otros hombres cultos de nuestro siglo XVI; así, por ejemplo, de Juan de Herrera sabemos que poseía en su biblioteca hasta siete ejemplares entre versiones latinas, italianas y castellanas¹⁹.

Sobre los demás tratados de arquitectura que se compusieron en Italia durante el siglo XV, se cierne una gran duda acerca de su posible influencia en España. Entre ellos, el que pudo tener mayores posibilidades es el *Trattato di architettura* de Antonio Averlino (o Averulino) «Filarete» (Florencia, h. 1405 - Roma, h. 1465), que fue redactado entre 1451 y 1464 para Francesco Sforza, pero sería dedicado finalmente a Pietro de Medici. Es uno de los productos culturales más ricos de su época; un documento único sobre la arquitectura, los sistemas de construcción, la ingeniería, la iconografía, el gusto, la ideología e incluso la diversión de los protagonistas del primer Renacimiento. Este tratado, que no se

¹⁷ Richard Krautheimer, *Alberti and Vitruvius. Studies in Western Art...*, pp. 42-52. Franco Borsi, *Leon Battista Alberti. L'opera completa*, Milán, Electa, 1975, pp. 316-319.

¹⁸ El frontispicio: *Los Diez Libros de Arquitectura de Leon Baptista Alberto. Traducidos de Latín en Romance. Dirigidos al muy Illustre señor Juan Fernandez de Espinosa, Thesorero general de su Magestad y de su, co[n]sejo de Hazienda. Con privilegio. En casa de Alonso Gomez Impressor de su Magestad: Año de 1582*. Una segunda edición, corregida por D. R. B., fue impresa en Madrid, Imprenta de Joseph Franganillo, 1797. Ediciones facsímiles de la de Francisco Lozano: Oviedo, Colegios Oficiales de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1975; Valencia, Ediciones Albatros, col. Juan de Herrera, 1977. Edic. de J. Rivera. Madrid, Akal, 1991.

¹⁹ F. Marías, *op. cit.*, pp. 41-42.

publicó en su época, fue difundido mediante copias manuscritas, algunas perdidas en la actualidad, y de las que una italiana de los años ochenta perteneciente a Alfonso el Magnífico —*Codex Valencianus*— llegó a España, que fue traída por el Duque de Calabria, pasando posteriormente al Monasterio jerónimo de San Miguel de los Reyes y finalmente a la Biblioteca Universitaria de Valencia, donde estuvo custodiada hasta mediados de los años cincuenta, momento a partir del que se desconoce su paradero²⁰. Acerca de una pretendida influencia temprana en la arquitectura hospitalaria de los Reyes Católicos, y más concretamente en la tipología cruciforme de los hospitales de Enrique Egas —Santiago de Compostela, Toledo y Granada—, como la que más recientemente ha observado Santiago Sebastián en el programa iconográfico de la fachada de la Universidad de Salamanca, se han puesto asimismo en tela de juicio por carecer de la suficiente consistencia argumental²¹.

El segundo tratado es el del sienés Francesco di Giorgio Martini (1439-1502), *Trattato di architettura civile e militare*, que fue redactado para la corte de Urbino, probablemente a mediados de los años cincuenta, y completado después de la muerte de Federico Montefeltro (1482); junto con otros manuscritos y dibujos previos que vienen siendo considerados preparatorios, relativos a la arquitectura y obras mecánicas y militares, han llegado hasta nosotros varios códices, pero desconocemos, por carecer de noticia alguna de referencia, que pudiera haber llegado a España en ninguna de sus copias²². En cualquier caso, por su contenido urbanístico —más que propiamente arquitectónico— debió pasar desapercibido o, al menos,

²⁰ Para el tratado de Filarete, cfr. la edición crítica a cargo de A. M. Finoli y L. Grassi, *Trattato di Architettura del Filarete*, Milán, Il Polifilo, 1971. J. R. Spencer publicó un facsímil del «*Codex Magliabechianus*», con su traducción al inglés y un rico aparato de notas. Acerca del códice valenciano, véase M. Gutiérrez del Caño, *Catálogo de los manuscritos existentes en la biblioteca de la Universidad de Valencia*, Valencia, 1914, II, pp. 40-41; J. Alcina Franch, *Historia de la Biblioteca de Alfonso V en Nápoles: estudio de los fondos conservados en la biblioteca universitaria de Valencia*, tesis doctoral, aún manuscrita, presentada en la Universidad de Valencia, 1948; idem, «Ideas estéticas de Antonio Averlino», en *Revista de Ideas Estéticas*, XIII (1955), pp. 121-144; T. de Marinis, *La biblioteca napoletana dei Re d'Aragona*, Milán, 1947-1952, II, p. 72f, y tomo III; Antonio Averlino «Filarete», *Trattato de Architettura*, edición de Pilar Pedraza, Vitoria-Gasteiz, Ephaite, 1990, p. 17 n. 1.

²¹ Sobre el estado de la cuestión, cfr. F. Marías, *op. cit.*, pp. 45-46, y en n. 129 se recogen, entre otras, las referencias bibliográficas sobre el argumento de Santiago Sebastián.

²² Entre los códices importantes cabe citar el más antiguo, y, por tanto, la primera redacción del tratado, el «*Códice Documenti militari meccanici ed architetonici*», en la Biblioteca Saluzziana de Turín, probablemente redactado en 1456; el «*Códice Taccuino di Cecco di Giorgio*», de la Biblioteca Comunale de Siena, compuesto por esquemas y observaciones sobre fábricas romanas; el «*Codice architetonico di monumenti antichi di Roma e di altri luoghi*», también en la Biblioteca Saluzziana de Turín. Una redacción más completa del tratado la tenemos en el «*Códice de la Biblioteca Comunale de Siena*», y en el «*Codice Magliabechiano (II.1.141)*», de la Biblioteca Nazionale de Florencia. Una de las copias de este último es el «*Códice Ashburnham, 361*», de la Biblioteca Laurenziana. La primera edición impresa del tratado es la de C. Promis-C. Saluzzo, *Trattato di architettura civile e militare di Francesco di Giorgio Martini*, Turín, 1841. Véase también la edición crítica de Conrado Maltese, Francesco di Giorgio, *Trattati di Architettura, Ingegneria e Arte Militare*, Milán, Edizioni Il Polifilo, 1967.

no suscitó un particular interés entre nuestros arquitectos e intelectuales humanistas del siglo XVI.

Sin embargo, la influencia decisiva de Vitruvio en el siglo XVI italiano está articulada por la interpretación que de sus principios hicieron los cuatro teóricos que la historiografía ha venido llamando «vitruvianos», quienes a lo largo del siglo llevaron a cabo la publicación de los grandes tratados técnicos de arquitectura, en la línea que podría definirse como el «vitruvianismo militante»: Sebastiano Serlio (Bologna, 1475 - Fontainebleau, h. 1554)²³, Jacopo Barozzi da Vig-

²³ El tratado de arquitectura de Sebastián Serlio, proyectado inicialmente en siete libros, según el tratadista propone en su prólogo «Sebastiano Serlio al lector» (Libro IV, fol. III de la edic. castellana), se vio incrementado hasta nueve a lo largo del tiempo en que se sucedieron en su redacción y publicación, aunque no todos, ni siquiera la totalidad de los previstos en principio, fueron estampados. En un arco de tiempo de treinta y ocho años fueron apareciendo los siete libros que vieron la luz en letra impresa; los dos libros restantes, el Libro VI —dedicado a la arquitectura doméstica: *Sesto libro delle habitazioni di tutti li grandi de gli homini...*— y el Libro VIII —dedicado a la arquitectura militar: *Della castramentatione di Polibio ridotte in una cittadella murata...*—, quedaron inéditos hasta nuestro siglo en que W. Bell Dismoor y M. Rosci identificaron los dos manuscritos del Libro VI —el de la Staatsbibliothek de Múnaco y el de la Biblioteca de la Columbia University de Nueva York respectivamente— y K. Cassirer el del Libro VIII, asimismo en la biblioteca monaguesca. De los siete libros impresos, el primero publicado fue el Libro IV —*Regole generali di Architettura... sopra le cinque maniere degli edifici cioè Toscano, Dorico, Ionico, Corinthio e Composito con gli esempi de l'antiquità, che per la maggior parte concordano con la dottrina di Vitruvio*—, aparecido en Venecia en 1437, reeditado también en Venecia en 1540 y 1544 (edición conjunta con el Libro III), y en edición conjunta con los Libros III y V en la misma ciudad en 1551 y 1559; traducciones fuera de Italia: holandesa (Amberes, 1539 y 1549), alemana (Amberes, 1542), francesa (Amberes, 1545), castellanias (Toledo, 1552, 1563 y 1573, en ediciones conjuntas con el Libro III). Siguió el Libro III —*Il Terzo libro di... nel quale si figurano, e descrivono le antiquità di Roma e le altre che sono in Italia*—, publicado en Venecia en 1540, 1544 (edición conjunta con el Libro IV), 1551 (junto con los libros IV y V) y 1562; traducciones fuera de Italia: francesa (Amberes, 1550), castellanias (Toledo, 1552, 1563 y 1573, en ediciones conjuntas con el Libro IV —cfr. J. R. Paniagua, *Sebastiano Serlio y su influencia en la arquitectura española (la traducción de Francisco Villalpando)*, Madrid, V.C.M., 1991, 3 vols.—). Seguidamente se publicaron en edición conjunta el Libro I (sobre geometría) y Libro II (sobre perspectiva) —*Il Primo libro d'architettura...* (texto italiano y traducción francesa)— en París, 1545; otras ediciones: italiana (1560); traducción holandesa del Libro II (Amberes, 1553), francesa (París, 1587); también Francisco de Villalpando, en su traducción castellana de los Libros III y IV, anunció que estaba preparando la publicación de los Libros I y II, pero no llegaron a imprimirse ni tampoco se ha encontrado hasta el momento el manuscrito (Libro III, fol. IIIv, ls. 9-10 de la traducción de Francisco Villalpando). La edición príncipe del Libro V se estampó en París en 1547 —*Quinto libro de l'Architettura di... nel quale si tratta di diverse forme dei tempj sacri secondo il Costume Christiano & al modo antico* (con traducción francesa)—; otras ediciones: italiana (Venecia, 1551 —conjuntamente con los Libros III y IV— y 1559). A continuación se publicó en Lyon, en 1551, y fuera de programa, un *Libro straordinario di... —Nel quale si dimostrano trenta porte di opera rustica mista con diversi ordini & veinti di opera delicata di diverse specie colla scrittura davanti, che narra il tutto*; otras ediciones: italianas (Venecia, 1557, 1558; 1560; 1567 y 1584), francesas (Lyon, 1558 y 1560). El Libro VII apareció póstumamente, en Frankfurt en 1575 —*Il settimo libro d'architettura... nel quale si tratta di molti accidenti che possono occorrere allo Architetto in diversi luoghi ed istrane forme de' siti, e nelle restaurazioni di case, e come abbiano a farsi per servizi degli altri edifici...* (en italiano y en latín)—. Otras ediciones reseñables, consideradas indebidamente como completas: Venecia, 1566 —*D'architettura... Di Sebastiano Serlio* (compuesta de los

nola (Vignola, 1507 - Roma, 1573), Andrea Palladio (Padua, 1508 - Vicenza, 1580) y Vincenzo Scamozzi (Vicenza, 1552 - Venecia, 1616)²⁴; estos cuatro teóricos articularon la sintaxis arquitectónica donde se mueve la arquitectura occidental en los tres siglos siguientes, basada en la teoría de los órdenes, que constituye la clave y el eje del texto vitruviano, que había sido considerada como cuestión ornamental en el Quattrocento. Para los tratadistas del siglo xvi el orden abarca la función, el símbolo y la proyección general del edificio, y constituye la clave determinante para descifrar una construcción. Y de todos ellos, para nuestra arquitectura española fue sin duda el primero, el tratado de arquitectura del boloñés Sebastián Serlio el más importante, por la dimensión práctica y didáctica del tratado, y asimismo por su accesibilidad, pues las múltiples ediciones italianas y otras extranjeras que se sucedieron siguiendo la secuencia de la aparición de los distintos libros publicados, así como las tres ediciones consecutivas de la traducción castellana de Francisco de Villalpando de los Libros III y IV —Toledo, 1552, 1563 y 1573—, permitieron un fácil acceso al mismo. La propuesta serliana, centrada en ofrecer un repertorio de formas arquitectónicas sobre la base de la normativa de la antigüedad, susceptibles de múltiples variantes y combinaciones, que como él mismo propone en su dicatoria al lector resulten entendibles por todos: «Benigno lector, si yo me he puesto en dar algunas

cinco primeros libros más el Extraordinario)—; Venecia, 1584 —*Tutte le Opere d'Architettura di... dove si trattano in disegno quelle cose, che son più necessarie all'architetto; et hora di nuovo aggiunto (oltre il libro delle porte) gran numero di case private nella città et in villa. Et un indice copiosissimo raccolto per via di considerationi da M. Gio Domenico Scamozzi* (los siete libros publicados hasta entonces)—; esta última se reeditó en Venecia, 1600, 1618 y 1619, y París, 1645; una traducción castellana ha sido recientemente publicada por F. Díaz Padilla, con una introducción sobre «La fortuna de Sebastiano Serlio» y de C. Fambricio, Oviedo, 1986. 2 vols.. Otras ediciones extranjeras de los Libros I-V: en holandés (Amberes, 1553; Amsterdam, 1606 y 1616), en alemán (Basilea, 1609), en inglés (Londres, 1611). Para completar la fortuna editorial histórica del tratado serliano, cabe aún citar la edición latina de los Libros I-VI, publicada en Venecia en 1569, y la bilingüe (en italiano y en latín) asimismo de los Libros I-VI, también veneciana de 1663.

²⁴ Ya nos hemos referido a las sucesivas ediciones de Vitruvio que aparecen a lo largo del siglo, pero su influencia decisiva se produce por la interpretación de los cuatro teóricos. También nos hemos referido a la fortuna editorial de la obra de Serlio en la nota anterior, a la que hemos querido dar un mayor desarrollo. Dado que la repercusión de cada uno de los cuatro grandes tratados fue desigual en el siglo xvi español, en primer lugar por el orden cronológico por el que fueron apareciendo, pero también por las propias pautas de su difusión y la oportunidad de las necesidades que venían a cubrir. Sobre los otros tres tratados: Jacopo Barozzi da Vignola, cuyas *Regole delli cinque ordini d'architettura in 32 tavole* deben haberse impreso en Roma, 1562 (edición sin lugar ni fecha); reediciones: Venecia, 1570, 1582, 1596, y 1603; Roma, 1602 y 1617; Siena, 1635, y así sucesivamente, en que se multiplicaron las ediciones hasta mediados del siglo xix hasta cifras centenarias, tanto en italiano como en lenguas extranjeras; traducción castellana de Patricio Cajés —una de las traducciones más antiguas—, Madrid, 1593 y 1630 —edic. facsímil: Valencia, Ediciones Albatros, 1985—. Andrea Palladio, *I quattro libri dell'Architettura*, en Venecia, 1570 —edic. facsímiles, Milán, Hoepli, 1945, y 1976—; reimpresso en Venecia, 1581; múltiples ediciones se han sucedido principalmente a lo largo de los siglos xvii y xviii en Italia y fuera de ella; traducción castellana; Francisco de Praves (sólo el primer libro), Valladolid, 1625; F. Ortiz y Sanz, Madrid, 1797. Un eco directo de la obra de Palladio se dejó sentir en la de Vincenzo Scamozzi, *Dell' Idea dell'Architettura universale*, Venecia, 1615. La importantísima huella de estos libros se observa en sus constantes reediciones hasta el siglo xviii.

reglas de arquitectura, a sido con presupuesto que no solamente los eleuados y subtiles ingenios las aya[n] de ente[n]der, pero los de los medianos puedan ser dellas participa[n]tes, segun q[ue] mas o menos serian ala tal arte inclinados»²⁵.

Pero en España, con anterioridad a estos tratados italianos, el burgalés Diego de Sagredo (? - Toledo, 1528?) —capellán de la reina Juana la Loca y del Cardenal Cisneros—, había publicado en 1526 en Toledo sus *Medidas del Romano*²⁶; una obra muy importante que tendría grandes resonancias en España y fuera de ella a juzgar por su fulminante éxito. Como su propio título indica, no es propiamente un tratado completo de edificación, sino que son medidas de Vitruvio para «los oficiales que quieren seguir las formaciones de las basas, columnas, capiteles y otras piezas de los edificios antiguos», que se publican y difunden con anterioridad a la edición del tratado de Serlio, el primero de los grandes tratados, y es, por tanto, el primer libro vitruviano aparecido en España, como después también lo sería en Francia; un documento capital en la Europa renacentista, de cuya importancia es buena muestra el interés suscitado en el país galo, donde fue traducido en fecha temprana, introduciéndole una adición sobre las proporciones de los pedestales, que quedaría incluida en las ediciones posteriores. Aunque se desconoce el nombre del traductor francés y la fecha exacta de la primera edición, que debió ser como tope la de 1537, sabemos que apareció en París, por Simón de Colines²⁷, anticipándose incluso a la edición francesa de Vitruvio y, como en España, el primer libro vitruviano publicado en aquella lengua; buena prueba del éxito obtenido por la edición es el hecho de que el mismo editor Simón de Colines sacó a la luz también en París la segunda edición en 1539; la tercera edición francesa apareció en la misma ciudad y por el mismo editor en 1542.

También en Portugal se publicaron varias ediciones, aunque todas en lengua castellana, de las que la primera fue la de Lisboa de 1541, impresa por Luis Rodrí-

²⁵ S. Serlio, *op. cit.* (traducción de Francisco de Villalpando), Libro IV, fol. IIII, ls. 1-4.

²⁶ *Medidas del Romano: necessarias atos oficiales que quieren seguir las formaciones delas Basas, Columnas, Capiteles, y otras piezas delos edificios antiguos. Con preuilegio. [Con dedicatoria] Al yllustrissimo y Reuerendissimo señor don Alfonso de Fonseca Arçobispo de Toledo: primado delas Españas: Chanciller mayor de castilla. Diego de sagredo cupellan dela Reyna nuestra señora: besa con humil reuerencia sus muy magnificas manos.* De esta edición príncipe, que vio la luz en Toledo el día dos de mayo de 1526, en casa de Remón de Petras, tan sólo se conocen dos ejemplares, la del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, procedente de la biblioteca de don José María Marañón, y el de la Biblioteca Menéndez y Pelayo de Santander; se han publicado varios facsímiles, como la de la Asociación de Libreros y Amigos del Libro, Madrid, 1946; la de la Academia de la Historia del Valle del Cauca, Cali (Colombia), 1967, con prólogo de Santiago Sebastián; Col. «Juan de Herrera», Valencia. Ediciones Albatros, 1976, con «Noticia de las *Medidas del Romano* de Luis Cervera Vera; y México, 1977 (Ex-convento de Churubusco).

²⁷ *Raison d[']architecture antique, extraicte de Vitruue, et aultres anciens architecteurs, nouvelleme[n]t traduit d'espaingnol en fra[n]çoys: a l[']uilité de ceux q[ui] se délecte[n]t en ediffices.* Este título es sensiblemente igual al de la segunda edición parisina de 1539 y, por tanto, distanciado igualmente del verdadero título de Sagredo donde expresa contenido y destinatario de su obra. Cfr. José Luis Sierra Cortés, «Diego de Sagredo y Vitruvio», en *Fragmentos*, 1986, núms. 8 y 9, pp. 4-19, y más concretamente en pp. 6-7.

guez, quien debió verse obligado asimismo por el éxito del libro a estampar al año siguiente dos nuevas ediciones con un intervalo de cinco meses —15 de enero y 15 de junio—. Veintitrés años más tarde, después que hubieran aparecido las tres ediciones francesas y las tres castellanas de Lisboa, en diciembre de 1549 se publicaría la segunda edición española, en Toledo y por el impresor Juan de Ayala²⁸. Un año más tarde, en 1550, en París, los impresores Regnaud Chaudière y su hijo Claude lo imprimieron de nuevo, a cuya edición siguen otra parisina, tal vez dos y en el mismo año de 1555, la de Cavellat y la dudosa de Gourbin. En 1564, Juan de Ayala publica una nueva edición en Toledo, la última que conocemos en el siglo xvi²⁹, esta vez probablemente al amparo del éxito editorial de la traducción que Francisco Villalpando había publicado de los libros III y IV del tratado serliano, impresa por primera vez en 1552 y reeditada en 1563³⁰, que aparece con dos variantes en el colofón. Finalmente, Denise Cavellat imprimirá cuarenta años más tarde, a comienzos del siglo siguiente, en 1608, la última edición parisina con la que concluimos la corta pero intensa fortuna editorial del tratado del burgalés³¹.

El tratado, en forma de diálogo, género muy de moda entonces, utiliza como fuente la literatura arquitectónica más importante del momento, el tratado albertiano y el de Vitruvio, pero también la arquitectura antigua y la renacentista italiana conocida por el autor. De los tratados de arquitectura citados resulta realmente difícil cuantificar los préstamos, en primer lugar porque escasamente los cita —cinco veces a Vitruvio y una sola vez a Alberti—, pero también porque raramente se atiene a la literalidad de la fuente, «cuyo espíritu y letra asimila de tal modo que le permite utilizar sus textos, tomados de los lugares más dispares, con una libertad y creatividad que le son muy características... Está plenamente imbuido de la doctrina que presenta, y su tratado no es un refrito de escamotadas citas ni un puzle»³²; ambos textos están presentes en la redacción del texto de Sagredo y son tratados en

²⁸ *Medidas del Romano o Vitruuio nueuame[n]te impresas y añadidas muchas piezas y figuras muy necesarias a los oficiales que quiere[n] seguir las formaciones de las Basas, Colunas, Capiteles, y otras piezas de los edificios antiguos. Año 1549.* Edición facsímil: Sagredo, *Medidas del Romano*, con introducción y notas de F. Marías y A. Bustamante, Madrid, Dir. Gral. Bellas Artes, Consejo General de Colegios Oficiales Aparejadores y Arquitectos Técnicos, y otros, 1986.

²⁹ *Medidas del Romano, o Vitruuio nueuame[n]te impresas y añadidas muchas piezas y figuras muy necesarias a los oficiales que quieren seguir las formaciones de las Basas, Colu[n]nas, Capiteles, y otras piezas de los edificios antiguos. Impresas con lice[n]cia en Toledo: en casa de Jua[n] de Ayala. Año de. 1564. [al pie] Vendense en Toledo en casa de Diego lopez: Mercader de libros.*

³⁰ *Tercero y Quarto Libro de Architectura de Sebastia[n] Serlio Boloñes. En los quales se trata de las maneras de como se puede[n] adornar los edificios co[n] los exemplos delas antigüedades. Agora nueuame[n]te traducido de Toscano en Romance Castellano por Francisco de Villalpando Architecto. Dirigido al Mvy Alto y Mvy Poderoso Senor Don Philipe Principe de Espana, Nvestro Señor. En Toledo en casa de Ivan de Ayala. 1552. Con privilegio por diez años.* Edición facsímil, con «Noticia del Tercero y Quarto Libro de Sebastián Serlio traducido por Villalpando» de George Kubler, col. «Juan de Herrera», Valencia, Ediciones Albatros, 1977.

³¹ Para una edición crítica, véase la tesis doctoral de José Luis Sierra Cortés, presentada en la Universidad Complutense de Madrid. 1986? y publicada por la misma universidad en 1987?; *idem*, «Diego de Sagredo y Vitruvio», en *Fragments*, 1986, núms. 8 y 9, pp. 4-19.

³² J. L. Sierra, *op. cit.*, pp. 9-10.

plano de igualdad, sin supeditar uno a otro según un orden jerárquico o funcional, lo que se pone de manifiesto en los fundidos de los textos, e incluso en el propio léxico, en cuanto que no aceptó unilateralmente el vocabulario vitruviano frente al albertiano, que se ofrecía como alternativa a los oscuros vocablos de aquél; en todo caso, la preponderancia del léxico vitruviano tiene más que ver con el criterio expresado por el tratadista cuando, al tratar de las cornisas y las molduras que la componen, dice que se recurrirá al nombre antiguo «q[ua]ndo nos faltare el moderno»³³, pero también con lo que llamamos «vitruvianismo», es decir la curva ascendente experimentada en la consideración del tratado romano, que tiene lugar particularmente en Italia en el siglo XVI y por irradiación en el resto de Europa. No obstante, para los lectores cualificados no debió ser especialmente difícil detectar la abundante presencia de sus fuentes, y en particular la de Vitruvio, cuando el editor francés, alterando de forma sustancial la letra y el espíritu del tratado introduce la referencia al tratadista romano³⁴, momento a partir del cual las ediciones castellanas lo incorporarán asimismo aunque con un sentido por completo diferente, respetando prácticamente el título de la edición príncipe, la única controlada en vida por su autor³⁵; la razón podía ser que Vitruvio era un lugar común ya en los años previos a mediar el siglo, y a este tenor J. L. Sierra cita la obra de Blas Ortiz, publicada también el mismo año de 1549, *Summi Templi Toletali perquam grafica descriptio*, para quien Vitruvio aparece como la suprema referencia en materia de arquitectura³⁶.

³³ D. de Sagredo, *op. cit.*, B.

³⁴ Ver *supra* n. 24.

³⁵ Ver *supra* n. 25.

³⁶ J. L. Sierra, *op. cit.*, p. 7.